

JUVENIL

Honor trinitario y otros cuentos



© De esta edición:

2015, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Santo Domingo, República Dominicana

Apartado Postal 11-253

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-777-8

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

Ilustración de portada: Tulio Matos

Primera edición: abril de 2015

Primera reimpresión: junio de 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Honor trinitario y otros cuentos

Selección de Andrés Blanco Díaz

Enrique Apolinar Henríquez

José Ramón López

Manuel de Jesús Troncoso de la Concha

F. E. Moscoso Puello

Abigaíl Mejía

Manuel A. Amiama

Miguel Ángel Monclús

Freddy Prestol Castillo

Hilma Contreras

Índice

TINDITO	
Enrique Apolinar Henríquez	9
UN DESEMPEÑO	
José Ramón López	21
ASÍ NO PELEA MI GALLO	
Manuel de Jesús Troncoso de la Concha	27
EL REGIDOR PAYANO	
F. E. Moscoso Puello.....	37
EL RIDÍCULO DON GASPARITO SAMSÓN	
Abigaíl Mejía	51
UN DIRECTOR DE CUIDADO	
Manuel A. Amiama	67
HONOR TRINITARIO	
Miguel Ángel Monclús.....	79
HEREJÍA DE VENANCIA «LA MALA»	
Freddy Prestol Castillo	87
LA VIRGEN DEL ALJIBE	
Hilma Contreras	99
GLOSARIO	108

Tindito

Enrique Apolinar Henríquez

Enrique Apolinar Henríquez

Nació en Santo Domingo el 6 de junio de 1886 y falleció en la misma ciudad el 4 de noviembre de 1977. Fue el primer hijo del matrimonio formado por Enrique Henríquez y Lea de Castro.



Estuvo entre los fundadores de la Asociación Nacional de la Prensa, con Arturo Pellerano Alfau, Fabio Fiallo y Américo Lugo, entre otros. Durante el período de la ocupación militar norteamericana de República Dominicana (1916-1924), participó activamente en la lucha por recuperar la soberanía nacional. Formó parte de la Unión Nacional Dominicana, de la Junta de Abs-

tención Electoral de la Provincia de Santo Domingo, de la Comisión Central Nacionalista y del Partido Nacionalista.

En la masonería, como miembro de la Logia Cuna de América No. 2, llegó al grado de Venerable Maestro, y presidió esta institución en siete ocasiones. En el periodismo, utilizó a veces el seudónimo Phocas para sus escritos y dirigió la revista *Analectas*. Fundó la Sociedad Dominicana de Bibliófilos, la cual presidió hasta el año de su muerte.

En su bibliografía se cuentan los siguientes libros: *Episodios imperialistas* (1959), *Reminiscencias y evocaciones* (1970) y *La reelección de Balaguer (una polémica)*, con artículos suyos y de Hugo Tolentino Dipp (1977).

Tindito

Voces de imprecación y amenaza colman el medio ambiente del corral. Sobre las ancas de nerviosos potros y armado de lazos y de látigos que destellan vibrantes en el aire, el peonaje se afana —diligente y adiestrado— en reunir el hatajo para el recuento anual. El ganado está arisco y retozón, como si triscara en sus entrañas el alma alborozada de la estación primaveral.

Cercanos al corral, un labriego y un gañán rinden las últimas jornadas de la tarde. Mientras el labriego, con sus manos callosas y potentes rige los cabos del arado, el gañán pica la yunta y la constriñe con acento destemplado:

—¡Onza de Oro, coge el surco! ¡Entra al surco, Candelón!

Y los bueyes vuelven, dóciles y mansos, al perdido surco. Trabajosamente y con noble paciencia inimitable, tiran entre ambos del arado, en tanto que sus ojos, lánguidos y vidriosos, copian honestamente las maravillas del lúcido paisaje.

Culminan en la amena perspectiva de los campos el verdor lozano y la alegría; y en los hombres y en las bestias priva un vigor inagotable para los ímpetus del amor. Un sacudimiento, sutil y extraño, conmovió la incipiente

contextura de Tindito: inexorable cruzó el influjo de la estación fecunda por las venas ardidas del eral, palpité en sus nervios y le infundió a su ser nueva conciencia de la vida. El instinto fatal, maestro insuperable en tales artes, lo habilitó en cortejos que hicieron fácil presa del joven corazón de Triguerona.

Luchan los labriegos por domar el hato arisco y retozón. Y entre ratos se escucha percutir, admonitoria, la voz estrepitosa del gañán:

—¡Onza de Oro, coge el surco! ¡Entra al surco, Candelón!

El sol occiduo asoma su bermejo disco por encima de las grises rumazones que matizan de carmines, de violetas y de gualdas sus mortecinos resplandores. La hora del reposo nocturno, que ha de restaurar las energías consumidas en el día, está para sonar. Ya en la fronda copiosa de los árboles hay un loco revuelo de pájaros canoros que buscan el refugio confortante de una rama o de algún nido.

No es Tindito, como enantes, un eral bisoño y tímido. Tercamente acuciado por el primaveral influjo, había penetrado en el sublime arcano que gobierna las vidas y los mundos. Juntos ambulan Tindito y Triguerona entre las vallas del corral. Unidos los mantiene la cándida ilusión que hace tan dulce el primer lance de amor. Solícito en halagos, pródigo en hechos y sin enojos que limiten sus deseos, goza Tindito la rubias mieles de la vida. Mas al fin Tritón se ha percatado. Celoso y egoísta, arroja al galán que inflige menoscabo a sus derechos, sañudo y hosco reto que éste no elude, porque ya no le teme.

Breve es la lucha que en vano pretendieron evitar los labriegos oportunos. Es breve y desigual, pues que no están en parangón con su denuedo y su valor los bríos en ciernes del eral. Forzudo y malicioso, Tritón no

encuentra obstáculo para triunfar, con poca brega y menos maña, de su inexperto contendor.

Vencido está el eral. Por los cárdenos labios de la ruin herida, mana de su costado la sangre generosa. Tindito retrocede pausadamente y mugidor. Sus miradas, elocuentes y tristonas, reflejan un oscuro sentimiento de rencor. Tritón lo contempla replegarse, desconfiado y cruel, bajo el coral bramido del hatajo.

Las sombras de la noche emergen del prolífico vientre de la tierra —¡como una elegía magnífica!— mientras se amengua en la distancia, grado a grado, el doliente mugido de Tindito. Tal parece como si las sombras, que arroparon su figura, quisieran además ahogar su voz.

Uno tras otro se sucedían los meses sin que hubiera indicio alguno de Tindito. Los labriegos no dejaron ningún campo, ya longincuo, ya cercano, sin haberlo escudriñado con acucia. A pesar de que probaron sus empeños que toda búsqueda era inútil, albergaban la esperanza de encontrarlo: vivo, si aún vivía, o cadáver si había muerto. Pero ni vivo ni muerto parecía. Sólo, sí, de tiempo en tiempo se advertían —entre los verdes malojales— enigmáticas tumbas y unas huellas que, a juzgar por los labriegos, no eran otras que las huellas del eral.

Noche vernal, serena y pura. Sobre el oscuro verde del paisaje vierte la luna pálida románticas tonalidades argentadas. A lo lejos se perfilan, difusamente, los oteros que circundan la ubérrima pradera. Un soplo leve, fresco y húmedo, que viene de los montes agita las hojas diminutas de los árboles y satura el ambiente con el promiscuo aroma de la tierra recién arada y yerba nueva. La campesina faz sería perfecta y lo fuera el silencio ves-

pertino, si no se oyese la monorrítmica canción que con celoso afán cantan los grillos.

Hacinados en un rincón del rústico corral, al aire libre, los labriegos refieren y comentan viejas consejas de trasgos y de brujas:

—Cuando la bruja pasa y el zángano la cruza en cruz...

Súbito silencio corta el hilo de sus leyendas misteriosas, abren muy grandes ojos azorados y demudan en patético el plácido semblante. Tras un momento de angustiada expectación hay entre ellos nuevo intercambio de miradas asombradas que parecen interrogaciones perentorias. Uno del grupo se incorpora y grita:

—¡Es Tindito!

Al punto se incorporan todos. Aguzan las orejas como perros cazadores, auxilian con las manos el oído y la mirada —en ademán de percibir mejor, de divisar mejor—; y luego sendos gritos, ahora coreados, escinden el espacio:

—¡Es Tindito! ¡Es Tindito!

Los demás corroboran convencidos:

—¡Es Tindito!

Sobre el alígero dorso del selvático viento, a breves intervalos resuena, retador, el estridente pito de Tindito: distinto y fuerte a veces, velado y débil otras; pero siempre en progresión ascendente y descendente y viceversa. Sonoro y claro cuando parte de la cima de un otero; confuso y apagado a medida que desciende hasta el fondo de algún valle.

Las vacas, que hasta entonces rumiaban su pienso cotidiano en reposada somnolencia, muéstranse esquivas. Al más parco de los ruidos, aojan con desconfianza y medrosas mugen. Tritón, en cambio, se levanta con arrogancia hercúlea; atisba de frente y de soslayo; cava

la dura tierra con las pezuñas aceradas; afila con premura los cuernos lancinantes; avanza con denuedo hasta el lindero del rústico corral y lanza a los cuatro vientos cardinales el estallido formidable de su grito de combate, mientras enarbola —¡altivo!— el musculoso testuz como un pendón triunfal.

Pitan ambos toros alternativamente, con hórrido coraje, como si un secular encono o un odio secular les aventara los pulmones. Los labriegos, en tanto, silenciosos y atónitos, esperan el trágico remate del drama espeluznante cuyo prefacio están atestiguando. Pitan ambos toros con rabia y desespero; pitán, pitán sin cesar. El momento es fatídico. Ya se escucha, preciso y claro, el trote acelerado de Tindito. Más tarde se le mira escalar, resuelto y magnífico, un montículo vecino. Y una vez en la cúspide, se le ha visto pausar un momento, ¡como si buscara dominar todo el paraje!

Tres años cabales habían transcurrido desde la tarde aciaga en que Tindito, vencido en desigual contienda, se replegó bramando hasta perderse en la distancia. Tres años que pasó, errabundo y solitario, en el corazón de la selva ingrávida, aguardando la hora propicia al desagravio de su pujanza y a la inconclusa reconquista de su amor. Largas jornadas por entre riscos y breñales fortalecieron su recia complexión; el ambiente nemoroso, que perfuman las resinas del pinar, le hinchó el tronco; y se adiestró, para el mortífero combate, en fantásticas defensas y agresiones.

No pocas veces bajó, a despecho de la lejanía, hasta el fundo que añoraba en su retiro; y una vez que las sombras de la noche lo escudaban, constelaba de tumbas los plantíos y al nuevo sol encomendaba la denuncia sus

huellas. ¡Qué de turbaciones y comentarios, para el labriego ingenuo, fueron aquellas tumbas y estas huellas!

Bajo la tenue luz de la luna inmaculada, como la estatua de animado bronce se destaca la figura de Tindito. Lento y grave, homérico de gesto y con seguro paso, comienza a descender de la mezquina altura entre los exultantes vítores de los labriegos.

Suena una voz gangosa y ronca:

—¡Mátalo, Tindito! ¡Mátalo!

Otras voces pregonan:

—¡A no ser por el amo, yo lo hubiera matado la mismísima tarde!

—¡Bellaco y ruin: ya verás cómo esta vez no abusas!

Tritón se cuadra con arrogante previsión y espera.

Las vacas, contritas y alocadas, vagan en todas direcciones y mugen lastimeras.

Rápido volar de talanquera. Tindito, hecho ya un toro, entra al corral. Trábase la fiera lucha cuerpo a cuerpo. Crujen las cornamentas en siniestro forcejeo. ¡El combate, que la vieja saña enciende, es rudo y fatigoso; es feral, es grandioso y es sombrío!

A los horrendos resoplidos de los toros, se entremezclan los gritos estentóreos del fanático peonaje:

—¡Mátalo, Tindito!

Intrépidos luchan ambos toros. Muévense apenas las férreas patas delanteras, en corto giro lateral. Pero las otras, las traseras, afincan las pezuñas de tal modo que no ceden una cuarta de terreno. Ardorosos se golpean las felpudas frentes, mientras los testuces musculosos, gigantescos, se curvan como arcos sólidos y elásticos. En un supremo esfuerzo defensivo ladéase Tritón, con-

torsionado, como si los bríos lo abandonaran. Aprovecha Tindito la flojera de su opuesto combatiente: lánzalo en alto —¡con un gesto corajudo!— y lo apara en la puntilla de su cuerno que lo engarza, hasta la mazorca, por el fornido tronco. Luego sacude desdeñosamente la cabeza y deja caer en tierra, pesadamente, la ensangrentada mole de su víctima...

Reina un silencio que parece eterno. Tindito, impávido y solemne, mira a lo lejos —la mirada intensa y fija— cual si estuviera ensimismado por la atracción de algún recuerdo irresistible.

Y en medio del profundo silencio que no turba ni un suspiro, se aproxima al vencedor la Triguerona y le lame la nuca, zalamera, mientras del cuerno heroico gotea copiosamente la sangre rutilante de Tritón.